

El encanto de la sencillez

Viajes de campo y ciudad

LAURA ACERO

Laguna libros, Bogotá, 2018, 156 pp.

AL PRINCIPIO quise caer en la deliciosa tentación de leerlo de una sentada, pero no. Mientras pasaba páginas vi que se trataba de capítulos breves, de un libro también breve, hojeando hasta el final. Así que más bien lo hice rendir, como a bocados, o mejor, como por estaciones del mismo carrito de lectura —BibloCarrito— que iba de comunidad en comunidad: al ritmo calmado del mismo libro no quise imponerle curiosidad ansiosa de conocer finales, o algo así. Me sentía tan a gusto, tan tranquilo y tan entretenido, sin estruendosos dramas: era como ir tras cotidianidades, no por calcar la vida, sino por estar hechas de caminos y de charlas, de anécdotas, que acumulándose iban armando un mundo tan grato, tan esperanzador, tan amable y cordial por el tono de la narradora, con sombras y dificultades por supuesto, como todo viaje, o como toda vida en viaje; un mundo de personas, con la magia de quienes no temen encontrar en sí mismos, y en su ambiente, eso que muchos llamamos autenticidad. Una vida propia. Poesía en la vida de los días.

Viajes de campo y ciudad, de Laura Acero (Bogotá, 1990), es un diario de viaje, entre Bogotá y su ruralidad (y solo al final por una parte de Boyacá). Pensé, mientras lo tuve en mi escritorio, en otros diarios y relatos de viaje recientes, de escritores colombianos, leídos en estos años: *Se dice río* (2012), de Carla Giraldo Duque; *Polvo en las maletas* (2013), de Ernesto Mächler Tobar; *Corea: apuntes desde la cuerda floja* (2014), de Andrés Felipe Solano; *Tumba de indio* (2016), de Juan Carlos Orrego; *Diario sucio* (2018), de Felipe García Quintero; *Hielo* (2018), de Ángela Posada-Swofford; *Mirada al Sur* (2018), de Juan Carlos Pino; *Verde tierra calcinada* (2018), de Juan Miguel Álvarez; *Grávido río* (2019), de Ignacio Piedrahíta... No sé si esto sea prueba de aquello de “vigencia” o “relevancia” del género del relato y diario de viaje en Colombia respec-

to a otras literaturas; el caso es que sí es evidencia de que el viaje es un poderosísimo dispositivo y medio, sugerente y provocador, para abrirse a escrituras creadoras de historias y reflexiones, propias y espontáneas, incluso apasionadas, poéticas e íntimas. Por eso es fácil encontrar, en estos diarios, amenísimos narradores y agudos ensayistas.

Después de darle vueltas a ese libro que siguió vivo en mí como lector, hay tres asuntos en especial que quiero señalar. El primero es la escritura. Es breve y transparente —sin malabarismos ni rellenos palabreríos para ocultar la falta de un decir—, y muy cercana a quien se acerque sin prejuicios, o al menos con muy pocos, sobre la vida en las veredas, los proyectos comunitarios alrededor del arte y la literatura, y en especial sobre los esfuerzos alternativos por el autosostenimiento y la productividad (formas del trabajo en las que se privilegia muy poco la ambición y acumulación económica para mayor aprecio del cultivo del espíritu, el cuerpo y el ocio, y del compartir con el otro; pero de verdad, como elección coherente, no como pose, no de dientes para afuera). Como dice Laura Acero:

[...] un libro sobre lo que hemos oído, discutido y recogido durante estos tiempos en el campo y la vida en la zona rural de Bogotá [...]. Sin introducciones o explicaciones de más. Lo que nos pasa. Sí, por qué no: un diario de campo y ciudad. (p. 78)

No creo, en este sentido, que se trate de una escritura de lo “que quedó al final de día”, “lo rescatable”, después de sus lidias y alegrías en su Renault 4, su pequeña biblioteca ambulante, que lleva de aquí para allá por veredas, pueblos, parques, ferias, con sus libros donados para que niños y adultos se animen a leer un rato. Aquí es donde veo el oficio de Laura Acero como narradora: cuenta, pone el ojo, en la sustancia del día, o de los días, o de un viaje, o de una situación, o de una persona. Esa admirable destreza es la sensibilidad del que viaja y sabe ver, conoce su propio observar y le da rienda suelta, y logra, después, llevarlo a palabras con mucha eficacia, y no como informe o mera descripción sino como evocación, retrato o idea.

En otras palabras: muchos conocen los lugares que se recorren aquí, y hasta conocerán las actividades del BibloCarrito (alguna vez se habrán topado con él), pero la mirada de Laura Acero sobre esos lugares, y lo sentido y pensado, renueva, refresca.

El segundo, la honesta ruralidad. Entre el campo y la ciudad, en los breves relatos de los días, en el diario, fluyen relaciones, estereotipos, supuestos, algunos normalizados, otros olvidados. Y es justo por el diálogo, por las actividades, que lectores, lectoras, se abren poco a poco con sus vidas: “[...] he podido comprobar que en la ruralidad es más importante lo que se ve y lo que se cuenta que lo que llega a la escritura” (p. 131). Ruralidad que es pura narración de “biblioteca rodante” que conecta, mueve, remueve, transforma sobre las formas de vida de cada uno, en convivencia de puerta abierta (p. 155). No es idealización, o crítica severa, ni de campo ni de ciudad rural. Es un habitar íntegro, o tan íntegro como permita el relato. No me refiero a honestidad en el sentido de contar lo “todo”: intimidad expuesta; me refiero a que no se “vende” una idea, a que no hay concesiones por ideologías; a que un lector sí puede llegar a conocer con este diario de viaje, en gran parte, lo que es el BibloCarrito, y quiénes son los que dirigen y ejecutan las actividades, cómo viven, qué les pasa, cómo se relacionan, con quiénes. No hay evasión ni secreto: hay una encantadora sencillez, arriesgada al exponerse sin atavíos, sin afanes de competencia y visibilidad.

Y el tercero, la apertura a la otredad, a vivirla y a dejarse vivir por ella mediante el BibloCarrito y sus viajes, a cuestionarse, reafirmarse y permitir la sorpresa y lo inesperado, aun ante la insistencia terca del control y los planes impuestos como únicos modos de vida de ciertos esquemas sociales. Para la muestra esos impresionantes y riquísimos apartados: “Casa Bachué, octubre 16” (p. 39), “El Marquez del Once, septiembre 17” (p. 121), “Las Margaritas, Usme, diciembre 6” (p. 136), “Ramiriquí, Boyacá, diciembre 21” (p. 142), “Cuítiva, Boyacá, diciembre 22” (p. 147). Claro, aquí el diario de viaje es espacialidad, pero su palabra está poblada de otros, de

<i>DESCRIPCIONES Y VIAJES</i>		RESEÑAS
<p>su presencia, su fuerza y sus huellas, ¡y de qué manera! Cada encuentro es celebrado, y si no, tampoco se teme contar por qué: los “trapitos sucios” se lavan a la luz de todos, no en casa. Aquí no hay salvadores del mundo, de personas; hay charlas y libros para compartir, contemplación y paciencia, “al calor de una agua de panela o un café” (p. 156).</p> <p>Y, por último, ni más faltaba: ¡qué bella edición la de Laguna Libros! Leve, cuidada, generosa con los silencios de sus espacios y su formato. Delicada con sus colores. Deja al diario ser como texto. Y por eso brilla más como edición.</p> <p style="text-align: right;">Felipe Restrepo David</p>		